

Intervención en la 'Consulta Internacional de Expertos en Prevención de Drogas' (9 de junio de 2023)

Por Eider Hormaetxea Llanos, coordinadora del Servicio de Prevención de Fundación Etorkintza y de la comisión de Prevención de UNAD

‘¿Cuáles son los retos y desafíos de la prevención desde la perspectiva de las entidades?’

La red de atención de las adicciones UNAD es una organización no gubernamental y sin ánimo de lucro formada en el año 1985 que engloba a más de 200 entidades que trabajan en el ámbito de las adicciones. En el año 2021, se constituyó la comisión de prevención dentro de la red Unad con el fin de analizar y reflexionar sobre la situación de la prevención a nivel estatal, compartir experiencias y definir un posicionamiento en esta materia. Es desde esta comisión de donde parte la reflexión sobre los retos y desafíos de la prevención.

Para responder a los retos y desafíos de la prevención actual consideramos importante partir de la historia de la prevención para recoger e incorporar lo aprendido y situarnos en el presente con una base sólida para encarar el futuro.

Y es que, la prevención en España surge a principios de los años 80 como respuesta a los consumos de heroína y las consecuencias que estaban generando en esos momentos tan convulsos para la sociedad española. Estos 40 años de la prevención han dado para mucho o para poco, según se mire, pero lo que es indudable es la evolución de la prevención promovida en gran parte, por el avance teórico científico en esta materia y por la necesidad de las entidades de innovar para dar respuesta a los cambios sociales y fenómenos nuevos que han ido surgiendo.

Un hito importante en el abordaje de la prevención vino desencadenado por el cambio de enfoque en la interpretación de las drogodependencias. Se paso de un modelo interpretativo, basado en la culpabilización de la persona drogodependiente, a un modelo interpretativo biopsicosocial en el que se entiende que la adicción es una enfermedad originada por múltiples causas y que las soluciones también deben de ser globales, holísticas e integrales. Ese cambio de paradigma supuso comprender que la prevención tenía una misión importante, que las intervenciones preventivas dirigidas únicamente a la responsabilización individual se debían de complementar con el trabajo preventivo en otros microentornos y que el objetivo del “consumo 0” a través de estrategias de difusión del miedo no eran la mejor manera de enfocar el problema.

Ese cambio interpretativo en la manera de entender y enfocar las drogodependencias desembocó en un trabajo preventivo comunitario. En los años 80 y 90 se pusieron en marcha los primeros programas preventivos de carácter universal, en los centros

educativos, y las primeras escuelas de familias. De ahí, que la mayoría de los programas preventivos con evidencia científica se sitúen en la prevención universal.

A finales de los 90 y principios del 2000, se detectó que los programas universales eran el paraguas que protegía a algunas personas, pero no a todas. En ese momento, nace y se despliega la prevención secundaria o lo que hoy llamamos la prevención selectiva.

En ese momento coexisten las estrategias de información, sensibilización y formación dirigidas a la población no detectada de riesgo con otro tipo de estrategias psicológicas, sociales y educativas dirigidas a grupos concretos que presentaban factores de riesgo.

Supuso una época importante de reflexión y trabajo conjunto entre profesionales del ámbito de la salud, lo social y lo educativo para entender que la prevención necesitaba incorporar otro tipo de estrategias preventivas de gestión y reducción de los riesgos con programas que transitaran entre la prevención entendida cuando todavía no hay un problema (la universal) a la asistencia cuando ya existe un problema (indicada).

Con el impulso de la prevención selectiva, se inició un trabajo preventivo en otros espacios hasta el momento poco explorados como el espacio de calle o espacios festivos y de ocio como ámbitos de intervención más allá de la escuela.

Desde los servicios asistenciales también se empieza a percibir que cada vez acuden más personas jóvenes y que desde los programas selectivos tampoco se estaba dando respuesta a personas adolescentes y jóvenes que necesitaban una contención mayor. En este contexto se empiezan a implantar los primeros servicios de atención a adolescentes y jóvenes con comportamientos de riesgo.

En la década del 2010, con el despliegue de las redes sociales y las tecnologías junto a la proliferación de los juegos de azar y los videojuegos online, se empiezan a percibir casos de menores que sin encontrarse presente ninguna sustancia, mostraban síntomas y problemáticas similares a los provocados por las drogas. Es entonces, cuando se empieza a hablar de las adicciones comportamentales o adicciones sin sustancia abriendo un nuevo escenario de intervención en el ámbito preventivo.

Esta última década ha estado marcada por al menos dos elementos claves que definen la prevención; por una parte, la necesidad de innovar y generar programas digitales y servicios online como respuesta a la incorporación masiva de la ciudadanía a las tecnologías. Y por otra, entender que las motivaciones, los intereses o las consecuencias de los consumos de drogas, el uso de las tecnologías o el juego son diferentes entre hombres y mujeres por lo que es imprescindible incorporar la perspectiva de género en los programas preventivos.

Hacer un repaso por los hitos más importantes de la historia de la prevención nos permite incorporar aprendizajes y defender estrategias que se han demostrado eficaces para dar respuesta a los retos y necesidades presentes y futuras y seguir defendiendo que:

La prevención y la detección precoz son estrategias claves para evitar o limitar el desarrollo de las adicciones y que el modelo de intervención comunitaria ha demostrado ser efectivo,

pero es necesario seguir dotándole de contenido y estrategias basadas en evidencias científicas.

Por otra parte, la prevención necesita apostar cada vez más por la diversificación de estrategias, objetivos y niveles de intervención preventiva para atender la heterogeneidad de necesidades con mayor garantía de éxito. Esto supone el desarrollo de programas de prevención ambientales, universales, selectivos e indicados, con colectivos diferentes y en diferentes ámbitos de intervención, pero coherentes entre sí y respondiendo a un plan estratégico a medio o corto plazo. De ahí, la importancia de que todas las comunidades autónomas cuenten con un plan estratégico actualizado y que los municipios dispongan de equipos técnicos encargados de desarrollar los planes municipales de adicciones.

Hemos evidenciado que la detección precoz es la clave para evitar el desarrollo de una adicción. Eso exige la validación de herramientas de detección que posibiliten hacer buenos diagnósticos para evitar estigmatizaciones innecesarias e intervenciones contraproducentes. Las herramientas son imprescindibles para poder detectar, pero su éxito en cuanto a su aplicabilidad y desarrollo va a depender de la inversión realizada en el cuidado de los entornos y de las relaciones donde se vayan a aplicar.

Existe una tendencia a considerar que la prevención se basa en la creación de materiales didácticos, herramientas o productos como fin en sí mismo y no como un medio. Además, si estos están validados científicamente se les presupone garantía de éxito. Sin embargo, la experiencia nos dice que cualquier programa de prevención, además de cumplir con unos estándares de calidad, tiene que haber previsto y cuidado los contextos y las relaciones porque de lo contrario corre el riesgo de que no se pueda desarrollar o tenga un impacto limitado. Podemos ir a los centros educativos con el mejor programa preventivo y no poder desarrollarlo porque no se han cuidado las relaciones y los sistemas suficientes para generar confianza ni en el programa ni en el equipo que lo desarrolla.

Esto nos lleva a poner el foco en la necesidad de explorar sistemas para fomentar la participación de las personas destinatarias de los programas en todo el proceso preventivo. Porque si algo se ha demostrado es que la participación genera vinculación e identidad con el programa aumentando así, la probabilidad de éxito, al menos, desde el punto de vista de impacto.

Por otra parte, tradicionalmente la prevención se ha enfocado a la intervención con personas adolescentes y jóvenes, familias y ciudadanía, pero se observa la necesidad de contemplar la prevención a lo largo de la vida. Es decir, incorporar programas que atiendan las necesidades de otros colectivos, como es el caso de la infancia, las personas con diversidad funcional o la tercera edad, aún más si cabe cuando la pirámide poblacional marca una tendencia clara de inversión.

Otro de los retos de la prevención consiste en ampliar el marco de actuación abordando nuevos ámbitos de intervención. La prevención ha tenido un mayor despliegue en el ámbito escolar, pero urge explorar otros ámbitos como el laboral, las residencias de tercera edad o las redes sociales entre otros.

Necesitamos, por tanto, AMPLIAR LA MIRADA, Y ENFOCAR DE MANERA DIFERENTE.

Ser capaces de mirar con perspectiva de género, realidades multiculturales y dilucidar las interseccionalidades que están atravesando para ajustar las intervenciones.

Porque si algo ha demostrado la prevención a lo largo de su trayectoria es la capacidad de ser un observatorio ágil y rápido de los cambios y tendencias en los patrones de consumo y nuevos comportamientos de riesgo, adelantándonos a la información aportada por los estudios o informes, lo que nos ha permitido activar señales de alarma e intervenir de manera temprana. Esa capacidad de detección y reacción de la prevención ha sido clave en momentos de crisis.

No obstante, una de las grandes dificultades históricas de la prevención desarrollada por entidades sociales ha sido su dependencia de la administración pública para su sostenimiento y desarrollo. El desarrollo de planes y programas de prevención dependen en su mayoría de subvenciones y licitaciones públicas. Subvenciones públicas en ocasiones, sujetas a la voluntariedad política y presupuestaria, escasas en cantidad y cuantía y tardías en cuanto a la convocatoria y su resolución.

Esta situación deja en una situación de vulnerabilidad al sector, no solo porque dificulta la continuidad de los programas sino porque compromete el conocimiento, la evidencia y la innovación en este campo. Elementos de valor añadido o incluso, un criterio de exclusión, en las diferentes convocatorias públicas.

Situación perversa que nos aboca a las entidades a impulsar sistemas de evaluación, mejora e innovación que nos permitan obtener evidencia científica sin recursos técnicos ni económicos para ello.

En este sentido, sería interesante revisar los sistemas y criterios de financiación pública, asegurando una financiación más estable y suficientemente dimensionada, con partidas específicas para la evaluación y la evidencia que permita el desarrollo de programas a largo plazo, equipos profesionales estables y profesionalizados y con capacidad para devolver al sector de la prevención el conocimiento y la evidencia generada.

En definitiva, y para concluir, el mayor reto que tiene la prevención de las adicciones es su sostenibilidad, no porque no haya necesidad, ni porque no se haya demostrado evidencia científica, sino porque la prevención cada vez más está en “tierra de nadie” o en “tierra de todos”. La transversalización de la prevención de las adicciones está generando la pérdida de foco en la especificidad de las adicciones impulsando o desarrollando intervenciones preventivas que creíamos superadas por su escasa evidencia científica. O cada vez más preocupante incorporación de empresas con escasa solvencia técnica o con intereses ocultos y poco éticos que están distorsionando en fin último de la prevención.

Y se encuentra en “tierra de nadie” porque no existe un compromiso institucional claro de impulsar o mantener los planes y programas preventivos que supongan su sostenibilidad más allá de la sensibilidad o voluntariedad personal o política y del ajuste presupuestario anual.

No me gustaría acabar sin transmitir la idea de que, la prevención supone inversión no solo económica, sino principalmente social y que responder a los retos y desafíos actuales y futuros depende de la responsabilidad y del compromiso de todos y de todas.